



Allen Ginsberg, patriarca «hippies».

"Angeles de la desolación"

UNA JUVENTUD ERRANTE

POR LAS RUTAS DE EUROPA A ASIA

por **PABLO BERBEN**

HAY una ruta vaga, imprecisa, que podríamos llamar, con un cierto lirismo, la ruta de la juventud errante. Comienza, más o menos, hacia el Norte de Europa, en algunos países que hemos dado en llamar ricos, incluso opulentos. En Escandinavia, en Gran Bretaña, en Alemania Federal. Termina, cuando termina, en algún lugar de Asia. En Afganistán, en Nepal, en Pakistán, en la India. No es un camino recto. Puede hacerse cortando Europa por el centro o bajando hacia el Sur, por la Costa del Sol, hacia Marruecos, los países del Norte de África, Oriente Medio. Depende de las facilidades del transporte, del «auto stop», de la ruta elegida por un grupo —o un compañero, o una compañera— aparecido al azar. Puede haber largas escalas, al amparo de un trabajo estacionario o de un albergue benévolo. Por esa ruta sin límites y sin cartografía se desplazan todos los días —en este momento en que escribo; en ese otro momento en que se leen estas líneas; a cualquier hora de cualquier día— diez mil muchachos y muchachas. El censo es, también, impreciso, poco exacto. Son datos que proceden de los departamentos de inmigración de unos dieciséis países que, más o menos, se encuentran en la ruta. Son generalmente jóvenes en torno a los veinte años de edad; se les ha encontrado hasta de cuarenta o de cuarenta y dos años: casados, hasta casados dos veces, con un hogar y unos hijos que esperan en cualquier pueblo de Suecia, de Alemania o de los Estados Unidos. Se han visto muchachas hasta de quince años, aun de catorce. Generalmente los testigos, los funcionarios de las aduanas, suelen decir cuando se les pregunta por ellas que «parecía de mayor edad». Muchas veces es cierto.



Las chaquetas de cuero, los «blue-jeans», el aire descuidado... Unas características universales. La droga forma, a veces, parte del viaje de los jóvenes errantes.

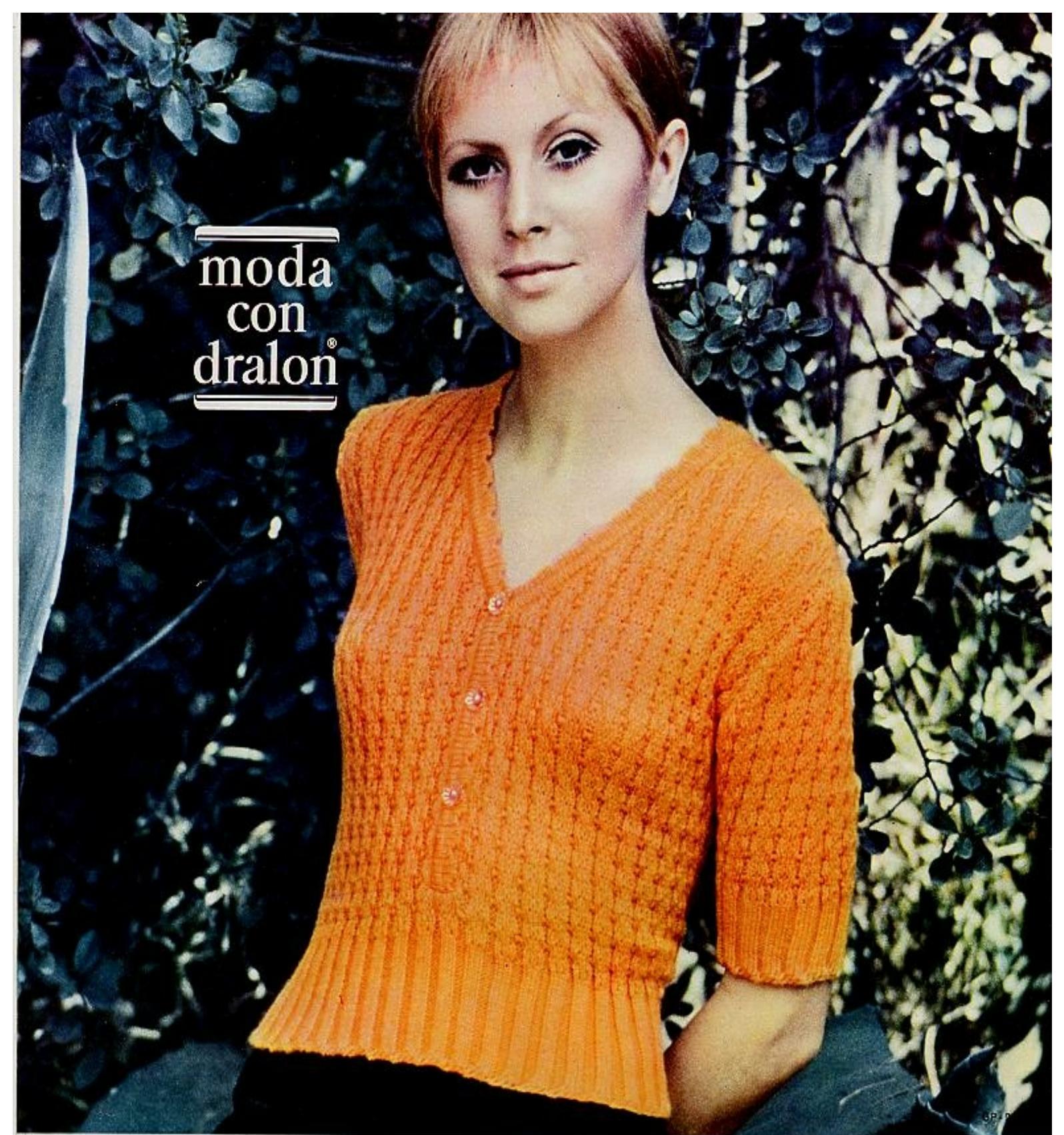
Visten de una manera parecida. Un pantalón vaquero, un «sweater» amplio, una zamarra, unas sandalias. Lo mismo ellos que ellas. Más bien parece que no hay ellos ni ellas, que es como una casta unisexual. Cuando están aún cerca de sus puntos de partida ofrecen aún una cierta tersura indumentaria. A medida que se van alejando, la fatiga, la falta de higiene, las noches pasadas al aire libre sin desnudarse, van cambiando su aspecto. A veces, alguno mejor provisto regala a otro, o a otra, una cazadora o un jersey: puede estarle enormemente grande, terriblemente pequeño: es igual. No hay problema de estética. Se busca una estética interior, una armonía interior.

¿Es eso realmente lo que se busca? El misterio de la juventud de la diáspora está aún entero, sociológicamente hablando. Muchos de ellos mismos no saben bien sus últimas motivaciones. Sienten una llamada, una precisión de huir: algo así como las aves migratorias, que en determinadas épocas del año levantan el vuelo. Un tropismo, un instinto. Se supone que no están satisfechos con el mundo en que viven. Pero siguen el camino inverso al de todas las migraciones, humanas o animales, de la historia: van de la riqueza a la pobreza, del bienestar a la miseria.

VICKY trabaja como secretaria en una firma de Liverpool. Vivia con sus padres en un hogar confortable de la ciudad. El dinero que ganaba era para ella. En su casa se hablaba, como en todas, de algunos de los problemas del mundo. Se hablaba del problema del hambre. Se hablaba, claro, con esa relativa frivolidad o superficialidad con que se habla siempre de aquello que es lejano. "Hasta cuando se habla del hambre todo parecía **SIGUE**



En cualquier momento del día o de la noche, diez mil jóvenes transitan por las carreteras huyendo de algo.



moda
con
dralon®

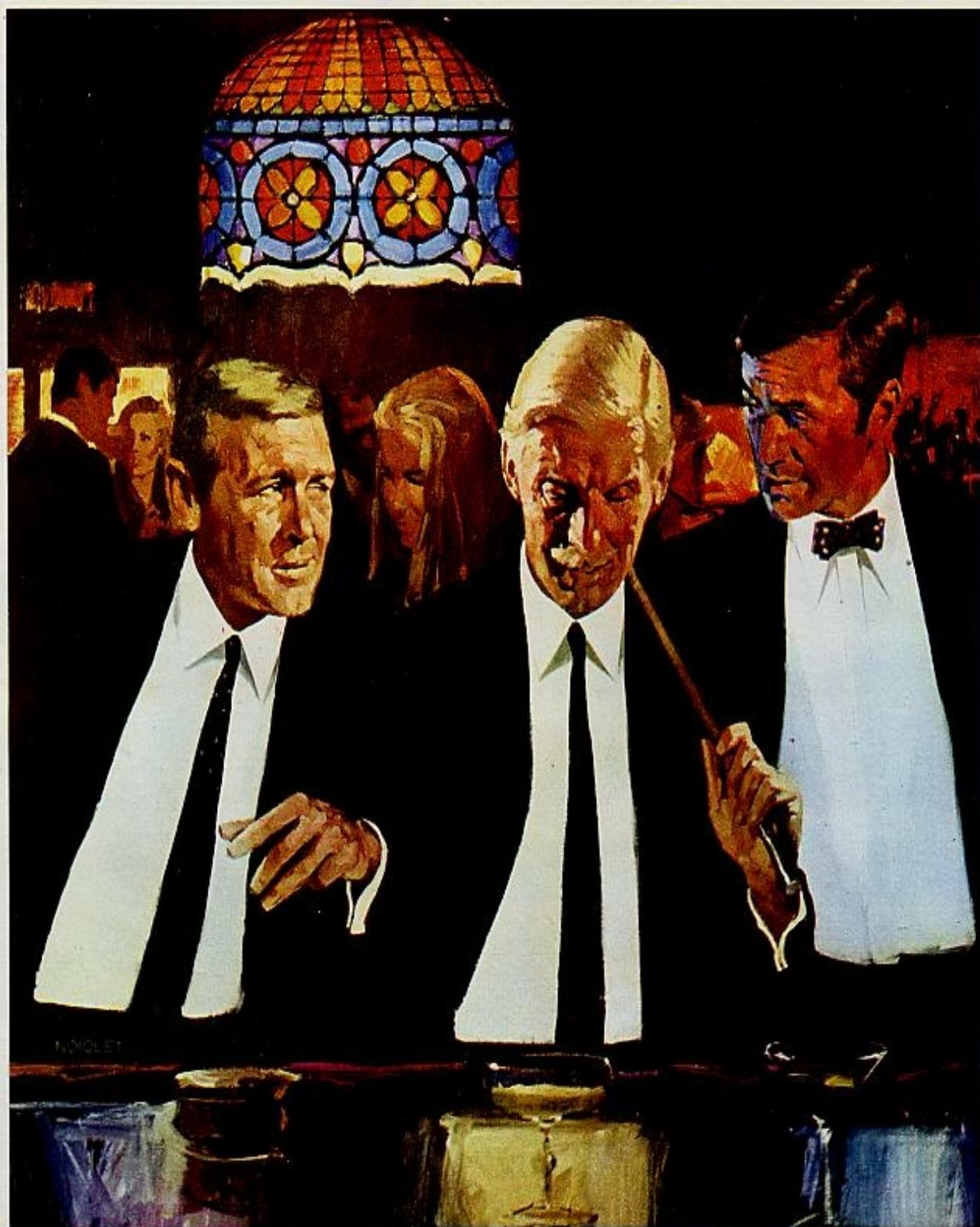
Cuando la simplicidad es sinónimo de elegancia...
Ud. está frente a un modelo de Dralon®

La moda actual tiende a dar satisfacción a todos los gustos. Aquí le presentamos un modelo que une un colorido brillante y actual, a una línea sobriamente clásica. Es, por supuesto, un modelo de Dralon, porque Dralon es la fibra moderna que mejor se adapta a este tipo de elegantes combinaciones! Los géneros de punto de Dralon ofrecen desde las texturas más osadas, hasta las

más discretas ¡siempre dentro de las gamas preferidas por la gente elegante! Además, son suaves, ligeras y tan agradablemente cálidas. Como Ud. sabe, las prendas de Dralon se pueden lavar cuanto quiera y siempre tendrán aspecto de nuevas... ese aspecto cuya mejor garantía es la etiqueta Dralon!

BAYER
Fibras de Calidad





*Los hombres de gusto son exigentes:
por eso Tervilor les satisface*

La variedad de modelos, la excelencia del tejido, la buena confección y el acabado perfecto de las Camisas de Tervilor, cuadran con sus exigencias. Pida a su camisero que le muestre el extenso surtido de Camisas Tervilor 1968; hallará las que convienen a su personalidad y a cada ocasión.

camisa de
Tervilor[®]
la colección más completa de Europa. **68**

Camisas blancas, Sir, colores lisos, Oxford, listados, cuadritos, fil-a-fil, fantasía, deportivas, vestir, Gala

**UNA JUVENTUD
ERRANTE**



una broma", dice Vicky. Qui- so verla por sí misma y se fue. La vio y la experimentó. En Bombay estuvo cinco días sin comer. En Delhi quiso dormir en la sala de espera de una estación y el vigilante la arrastró hasta la calle por la larga cabellera. Vicky había encontrado un compañero —hijo de un médico de Londres— que fue abofeteado. Juntos se fueron a Pakistán. En Karachi, tras un día de hambre, encontró un comprador ocasional que le pagó treinta rupias (unas 250 pesetas). Su compañero la esperaba en la puerta de la habitación cuando le invitó a su coche un pakistani: le pagó cien rupias. Así vivieron durante cinco semanas, hasta a punto de estrangular a la muchacha: fue entonces cuando se decidió a pedir ayuda a sus padres. Vicky tenía en ese momento diecisiete años. (Caso relatado en "The Observer", Londres, 24 de septiembre.)

Se les llama «beatniks». El término es impropio. También era impropio el término de «existencialistas» que se dio a los jóvenes de la postguerra europea. El «existencialismo» era una doctrina filosófica, que tuvo uno de sus epígonos en Jean Paul Sartre —los tuvo también católicos, como Gabriel Marcel—; no es seguro que los jóvenes «existencialistas» estuvieran al corriente de los libros de Kierkegaard, de Heidegger o que hubieran leído «El ser y la nada», de Sartre. No eran productos de esos libros, sino involuntarios protagonistas, personajes de ellos. Pasa igual con los «beatniks». Hubo una generación «beat» en los Estados Unidos: una generación bandida, o golpeada, o herida por una sociedad en la que se sentían disconformes. Quizá su nombre principal fue el de Kerouack. Kerouack viajó por caminos polvorientos y escribió lo que sentía y lo que veía. Improvisaba al escribir: quería que la literatura, que la palabra escrita, fuese hija del instante, como la música del «jazz» de los negros. Cuando fue rico y famoso, se compró una casa en el campo y se fue a vivir con su madre. Se había retirado. Al cabo de unos años quiso volver al mundo «beat», al alcohol y la droga —mayor o menor—, al mundo de la libertad sexual. Ahora ha vuelto al campo dispuesto a abandonarlo todo, cansado ya de todo. Tiene cuarenta y dos años. Su último libro se llama «Ángeles de la desolación». Burroughs es coetáneo de Kerouack. He hablado con él recientemente.

—Ya no me drogo. Apenas bebo. Son etapas por las que hay que pasar, que hay que conocer, pero que hay que saber abandonar.

Es un hombre pulcro, vestido de gris como todo el mundo, con camisa blanca y corbata discreta. Habla con parquedad, molesto quizá por la

curiosidad de aquellos a quienes nos ve venir «de fuera». Aun su libro, «El festín desnudo» —publicado por primera vez por la Olympia Press, de Londres—, está prohibido en un gran número de países.

Al nombre de «beat» se le añadió un sufijo, «niks». La idea fue de un periodista de la burguesía de San Francisco. «Niks» es, en lengua yiddish —la de los judíos centroeuropeos, la de los askenazim—, un término despectivo, como el «ucho» del lenguaje castellano. Es un término peyorativo. Los «beatniks» lo asumieron y lo aceptaron. Luego se ha aplicado a los jóvenes que se manifiestan por la paz en el Vietnam: los «vietniks». Los vietnicuchos, diríamos aquí. Este neologismo ha tenido menor fortuna.

La generación «beat» no ha nacido sola. Kerouack, Burroughs o Ginsberg —el principal superviviente, con barba patriarcal, repetidas veces encarcelado y procesado— nacen, tal vez, de Henry Miller, el «maldito» de la anteguerra, otro «americano de la diáspora» que se fue a vivir a París, fue un corrector de imprenta en la edición europea del «Herald Tribune» y tuvo mil oficios alimenticios. Miller tiene setenta y cuatro años y se acaba de casar con una japonesa de veinticinco. También sus primeros libros los publicó la Olympia Press; también muchos de ellos —los «Tropicos», «Sexus», «Plexus»— están prohibidos en gran parte del mundo; en otros países se editan en ediciones de bolsillo. «Mi influencia sobre la literatura americana ha sido, probablemente, una influencia mala», suele decir. Expone así su situación actual:

—No tengo ideología, no tengo grupo. Me opongo a la total estructura de la sociedad. Esta estructura terminará antes de que acabe el siglo. Está llegando a su final, aunque no sé en qué forma. Puede ser la guerra. Nuestra sociedad no es viable; no funciona. ¿No es cierto que nos encontramos ya en medio del caos? ¿Se ha visto alguna vez el mundo en peores condiciones que las de hoy? —Alguien ha sugerido que usted es responsable de los «chicos de la flor», de los «hippies»...

—No sé de qué soy responsable. No tengo nada que ver con los «hippies», con los «beatniks». Han surgido, pero no sé cómo ni por qué. No veo ninguna relación entre mi vida y los «hippies». No me siento aludido por lo que hacen otras personas. Además, deben ustedes distinguir entre «hippies» e «hippies», como entre surrealistas y dadaístas. Solamente hay individuos. Algunos de estos «hippies» parecen chicos maravillosos, otros son o parecen almas perdidas. Pero no quiero hacer juicios. Creo que esta revuelta es necesaria y ha sucedido porque la sociedad está podrida y sus fundamentos se resquebrajan. Los jóvenes siempre han sido crucificados.

Los «hippies» son una forma estetizante de los «beatniks». Hay quien dice que son los «beatniks» pasados por el viaje del LSD, que los estudiantes de Londres piden que se ponga, con la marihuana, fuera de

SHE'S LEAVING HOME

Wednesday morning at five o'clock

[as

the day begins

Silently closing her bedroom door

Leaving the note that she hoped

[would

say more

She goes downstairs to the kit-

[chen

clutching her handkerchief

Quietly turning the backdoor key

Stepping outside she is free.

She (We gave her most of our

[lives]

is leaving (Sacrificed most of our

[lives]

home (We gave her everything

[money could buy]

She's leaving home after living

[alone

For so many years. Bye, bye

Father snores as his wife gets into

[her

dressing gown

Picks up the letter that's lying

[there

Standing alone at the top of the

[stairs

She breaks down and cries to her

[husband

Daddy our baby's gone.

Why would she treat us so thought-

[lessly

How could she do this to me.

She (We never thought of oursel-

[ves]

is leaving (Never a thought for

[ourselves]

home (We struggled hard all our

[lives to get by]

She's leaving home after living

[alone

For so many years. Bye, bye

Friday morning at nine o'clock

[she is far

away

Waiting to keep the appointment

[she

made

Meeting a man from the motor

[trade.

She (What did we do that was

[wrong]

is having (We didn't know it was

[wrong]

fun (Fun is the one thing that

[money can't buy]

Something inside that was always

[denied

For so many years. Bye, Bye

She's leaving home bye bye.

Letra y música de John Lennon y Paul McCartney. Canción perteneciente a su último LP. "Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band"

SE VA DE CASA

El miércoles a las cinco de la ma-

ñana, al despertar el día

cierra con cuidado la puerta de su

[alcoba

deja la nota en la que ella esperaba

haber dicho más cosas

Baja a la cocina

con el pañuelo en la mano

Abre la puerta de atrás

Sale Es libre

Ella (Le dimos lo mejor de nues-

[tras vidas]

se va (Sacrificamos lo mejor de

[nuestras vidas]

de casa (Le dimos todo lo que se

[puede conseguir con el dinero]

Se va de casa tras haber vivido

[sola

Tantos años Adiós adiós

El padre ronca mientras su esposa

[se pone

la bata

y recoge la carta que hay encima

[de la mesa

De pie en lo alto de la escalera

se arista y grita a su marido

Papá nuestra niña se ha ido.

¿Por qué se habrá portado de esa

[forma?

¿Cómo ha podido hacerme esto?

Ella (Siempre nos hemos ocupado

[de ella]

se va (Nunca hemos pensado en

[nosotros mismos]

de casa (Tuimos que luchar para

[salir adelante]

Se va tras haber vivido sola

tantos años Adiós adiós

El viernes por la mañana, a las

[nueve está ya

lejos

esperando acudir a la cita

prevista

Con un hombre de la industria del

[motor

Ella (¿Qué habremos hecho mal?)

se está (No sabíamos que estuvie-

[se mal]

divirtiendo La diversión es lo

[único que no se obtiene con el

[dinero

Algo íntimo que siempre

le negaron Adiós adiós

Se va de casa, adiós, adiós

la lista de estupefacientes y drogas prohibidas. Leary, profeta americano del LSD, estima que el «viaje» limpia y purifica. Los «beatniks» astrosos y sin lavar, desesperados y abandonistas, se han convertido así, ahora, en estos limpios, blancos, floridos, sonrientes muchachos que miran con dulzura y amor a quienes les atacan. Los «hippies» conocen ahora la heterodoxia de los «freebies». «Freebie» viene de «free», libre, y sus profetas dicen que hay que dedicar todo el tiempo a pensar en la forma de ser libre.

En torno a ello hay un comercio.

Hay tiendas de artículos «hippies» o «freebies», revistas, discos, canciones. Los «Beatles» hacen también su viaje a la India. Los «Beatles» patrocinan una tienda en Londres, «Apple», en Baker Street —la calle en que Conan Doyle hizo vivir a Sherlock Holmes—, con tres figurinistas holandeses y uno inglés, «ingles errantes», como él mismo dice. La sociedad empieza a asumir y a dirigir estos movimientos, a convertirlos en grandes negocios de modas, de música, de espectáculos. Exposiciones psíquedélicas, fragmentos psíquedélicos en películas comerciales.

(Pasa a la pág. 59).

UNA JUVENTUD ERRANTE

(Viene de la pág. 41)

Pero es difícil saber hasta qué punto la juventud errante pueda estar identificada con «beatles» o con «beatniks», con «hippies» o con «freebies». Es difícil saber si buscan algo o, simplemente, si huyen de algo. Se quiere suponer que su camino hacia Asia, hacia Oriente, es el camino de la droga fácil. Es, probablemente, más fácil encontrar droga en un antro de Londres o en una cueva de Oslo que en Afganistán o en El Cairo. Lo que buscan, no se sabe bien lo que es. Sus apologistas dicen que buscan simplemente el dolor de este mundo para compartirlo. Lawrence Bailey, que dirige en Birmingham un grupo de muchachos voluntarios, explica («Youth to the rescue», Ed. Arthur James, Londres, 1967) que en lugar de apartar a los muchachos del espectáculo de la miseria o del sufrimiento ajeno, les sumerge en él: les lleva a los hospitales a visitar moribundos, a dar clases de arte en manicomios, a ayudar a ancianos solitarios y abandonados en hogares donde las organizaciones caritativas de adultos no se atreven a entrar por falta de condiciones de higiene. Según él, se despierta en los muchachos una conciencia social nueva. Un maestro, R. F. Mackenzie, cuenta («The sins of children», Ed. Collins, Londres, 1967) que lleva a veces toda su clase a pasar una semana en el campo o en una isla, y que su comportamiento es totalmente diferente de cuando se encuentran en la ciudad. Desaparece la agresividad, la angustia: se les despierta el deseo de aprender, se ayudan unos a otros.

De estos datos obtendríamos la conclusión provisional de que, en primer lugar, huyen de un bienestar medio, burgués, que les parece injusto y mediocre, puesto que la mayoría proceden de países con alto nivel de vida (americanos, nórdicos europeos; pocos franceses, que suelen llevar dinero y ser más cautos; casi ningún español, casi ningún italiano) y no surgen de clases pobres. Huyen también de allá donde la actual forma de la civilización occidental es más patente y se mastica en el aire: las grandes ciudades, sobre todo las ciudades industriales. Se encuentran justificados a sí mismos en el dolor. Quizá no basta enseñarles el dolor de los otros: quieren compartirlo ellos mismos.

En la puerta del hotel Spinzar, en Kabul, capital de Afganistán, una muchacha pedía limosna. Parecía tener unos veinticinco años. Pelo sucio y revuelto, rostro pálido, delgado, tenso. Un inglés se acercó a ella y creyó reconocer una compatriota. La muchacha se llamaba Linda, tenía diecisiete años, y su hogar era una casa cómoda en

Kennington, Londres. Cuando le preguntaron por qué se había ido, quedó verdaderamente extrañada. No podía imaginar que alguien no se diese cuenta de que "aquella" vida no podía soportarse y que, en cambio, era más lógico perder limosna en Kabul.

Este mismo estupor ante la pregunta lo he encontrado muchas veces cuando, el azar del «auto-stop» o de los puertos, he tropezado con estos muchachos errantes. No comprenden que no se les comprenda. Si se les dice que está uno dispuesto a comprenderles, responden:

—Con eso, basta...

Las capas senatoriales de la sociedad se sienten a veces acusadas, se sienten a sí mismas culpables de esta diáspora. No creo que esa opinión sea justa. Ellos no acusan: ni a sus padres, ni a sus mayores. La sociedad, simplemente, les parece invivible. No basta con la riqueza, no basta con la opulencia o con el bienestar. No basta con las Universidades, con los puestos de trabajo, con la comida humeante en una casa bien caliente. Se enfrentan, dicen ellos, con problemas de dignidad humana. Se les hace incompatible la dignidad humana con el hecho de formar parte de esas sociedades en que viven. Queda un enigma grave. ¿Son estos muchachos los últimos representantes de una sociedad que se deshace o los primeros de una que nace? ¿O son, sencillamente, un subproducto de la civilización técnica, unos que «no han podido soportar más» las tensiones y las presiones a que nos fuerza lo que llamamos progreso?

El análisis debe ir más allá que este grupo de preguntas, y que otras muchas más que se podrían hacer. Se podría hablar de la falta de participación real que se da a la juventud en las organizaciones sociales —política, voto, partidos, empresas—; de la angustia que supone la obligación de madurez a que se les somete —enseñanzas cada vez mayores en intensidad y en extensión, trabajos cada vez más especializados, servicio militar obligatorio, participación en las guerras—, en contradicción con el paternalismo en que viven. Se podría hablar de la creciente amenaza atómica, condicionante de toda la vida mental. De la ruptura de las estructuras ideológicas de un mundo que se hace cada vez más anárquico. Del injusto sistema de naciones ricas y naciones pobres... Todo este análisis, lento y largo, está siendo ya objeto de libros y documentos. Aquí sólo cabe dar imagen y fe de esto que está ocurriendo, de esta diáspora de la juventud por los más raros caminos del mapa eurasiático.

P. B.

Fotos ARCHIVO

CON LOS AÑOS precisos



COGNAC
FELIPE II
Agustin Blazquez « Jerez